

JUAN DE MENA

¿Llamáis batalla á una intriga
de cortesanos y damas?

SANTILLANA

¡La Reina es nuestra!

JUAN DE MENA

¡Una Reina
que no nació castellana!

SANTILLANA

Ya visteis cómo en mis coplas
le pedí que del monarca
fuese Sol y Luna; esto es,
que, siendo la soberana
sol y luna en el palacio,
á la otra luna ofuscara.

JUAN DE MENA

¡Bien lo conoció el de Luna!

SANTILLANA

¡Prendí carne en la lanzada!

(Salen. En este momento los pajecillos, viendo solitaria la gran cuadra, se aventuran á descender al primer término.)

PEDRO DE LUNA

(Mirando á todas partes.)

¡Salieron! ¡La cueva es nuestra!

MORALES

Conde: y nosotros, ¿qué hacemos?

PEDRO DE LUNA

¡A nuestros juegos tornemos,
que es más grande la palestra
para que más la llenemos!

MORALES

¿Y el juego será?...

PEDRO DE LUNA

¡De amores!

Moralicos, llega aquí;
toma de esto.

(Le da un guitarra morisco y guarda otro para sí: ambos se lo colocan á la espalda.)

Dime si

dos errantes trovadores
no parecemos así.
¡A nosotros, los de Luna,
que somos gente de raza
y tomaremos la plaza,
bien mediante la fortuna!

ROSA SOL

(Mientras, los pajes restantes del

de Luna, que son dos, bajan á reunirse con sus dos compañeros desde la escalerilla.)

¡Válame Dios, nos dan caza!

PEDRO DE LUNA

(Avanzando hasta la escalerilla.)

Damita, la de la torre,
que á más poderoso amor
pagáis con desdén mayor,
hoy, si la suerte le acorre,
suya os hará el trovador.

CATALINA

(Sonriendo, apoyada en el barandal de la escalerilla.)

¿Lo decís, Conde, por mí?

PEDRO DE LUNA

¿Lo dudáis vos, alma mía?
¡No dudéis, que hoy es mi día,
porque hoy no se encuentra aquí
quien más os defendería!

CATALINA

(Instintivamente.)

Don Alonso...

PEDRO DE LUNA

(Burlón.)

Está en la guerra.

Cruzóse gran caballero,
y en la Morería, espero
que irá regando la tierra
con la punta de su acero.
Sola os abandona, y fué,
más que abandono, imprudencia:
¡abrid, castellana, que
yo he de mostraros que sé
consolar males de ausencia!

CATALINA

Trovador aventurero,
que te envaneces porque hoy
á la ventana te espero,
¿no ves que esperando estoy
la vuelta del caballero?

PEDRO DE LUNA

¡Que él vuelva y dará ocasión
que al fin os logre, cruel!

CATALINA

Pues ¿le heriréis á traición?

PEDRO DE LUNA

¡Le daré mi corazón
para que os ame con él!

CATALINA

¡Me place!

PEDRO DE LUNA

(Bajo, á sus compañeros.)

Y ahora, tomadas
todas las encrucijadas,
asegurad mis canciones :
que es bien que velen espadas
mientras hablan corazones.

*(Hace que temple en su guitarra;
da unos sonos y dice:)*

A tu puerta llamaría,
dueña mía,
sí, al abrirla, confesabas
que aguardabas ;
pero no :
que dices que no soy yo.
Por tener bien complacidos
tus oídos,
¡tú no sabes la armonía
que te haría!
pero no :
que dices que no soy yo.
Por calmar la fiebre loca
de tu boca,
tengo mieles ; tú no sabes
si son suaves !
pero no :
que dices que no soy yo.
Vida mía, siendo mía,
¡ya no habría
soberano castellano
más ufano !
pero no :
que dices que no soy yo.
¡Sea espada tu mirada
despiadada !
y la muerte, de esta suerte,
logre al verte,

porque no
me digas que no soy yo !

*(Las damas se han hecho atrás.
Los tres caballeros que las guar-
dan han tomado el barandal.)*

PAJE 1.º DEL REY

¡Sea espada...

PAJE 2.º DEL REY

su mirada...

PAJE 3.º DEL REY

despiadada !

(Empiezan á descender.)

MORALES

(Desnudando también su espada.)

¡Y la muerte...

PAJE 2.º DEL REY

de esta suerte...

PAJE 2.º DEL DE LUNA

logre al verte !

PEDRO DE LUNA

(Atacando.)

¡Porque no
me digas que no soy yo !

(Breve lucha. Al cabo de ella suben la escalerilla Pedro de Luna y Morales. Pedro de Luna se acerca á Catalina, le diéndole las manos. Morales abraza á Rosa Sol y la besa.)

PEDRO DE LUNA

¡Amor sale triunfador
de todo!

CATALINA

(Dándole las manos y sonriendo.)

Menos de amor.

MORALES

¿Y tú qué me dices, Rosa?

ROSA SOL

Que me has besado, y no es cosa
que tenga tan mal sabor.

(Los pajecillos, que han dejado de luchar, parecen confabularse en primer término señalando á los de la escalerilla.)

PAJE 1.º DEL REY

¡Fin del juego! El caballero
regresa ya.

PAJE 1.º DEL DE LUNA

(Afectando estar conmovido.)

¡Y viene herido!

CATALINA

(Descendiendo precipitadamente á primer término.)

¡Alonso mío!... ¿Qué ha sido?

(Rien los pajes.)

PAJE 1.º DEL REY

¡Fueron burlas!

CATALINA

(Ofendida.)

¡Pues no quiero
burlas en este sentido!

MORALES

(Poniendo la cabeza sobre el pecho de Catalina para escucharle el corazón.)

¿Late el corazón?... ¡A fe,
más de lo que imaginaba!
¡Bien se comprende que esté
orgulloso el hijo de
Doña María la Brava!

CATALINA

Le quiero... y porque le quiero,

le espero y me desespero;
y no sé cómo me explique
que le retengan Vivero
y el Príncipe Don Enrique.

PEDRO DE LUNA

¿Tornan las cuitas?

CATALINA

Burlad
del amor mientras podéis;
¡ya hará sus obras la edad
y en una eterna ansiedad
como me veo os veréis!

MORALES

Pues si amor agobia tanto,
¿cómo hay quien ame?

CATALINA

No sé.

PEDRO DE LUNA

¿Duele?

CATALINA

Sí.

MORALES

¿Mata?

CATALINA

¡No tanto!

ROSA SOL

Y ¿á qué sabe?

CATALINA

A un no sé qué
del agridulce del llanto.

MORALES

¿Te dijo si te quería?

CATALINA

Ha un año que lo escondía; pero, al fin, rompió el secreto.

ROSA SOL

¿Y tú?

CATALINA

No: desde aquel día
¡le tengo tanto respeto!...

(Mirando hacia la lateral izquierda.)

¡Pero no viene!... ¿Qué traman
con él?

PEDRO DE LUNA

Príncipes le llaman;
¡no temas que se desmanden!

32853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CATALINA

¡Que haya príncipes que manden
á los caballeros que aman!
¡Y yo sin verle! Venía
soñando en la cabalgada,
porque á mi lado estaría,
¡y me estoy sola!

ROSA SOL

¡Medrada
dejaste á la compañía!

CATALINA

Perdonad...

MORALES

¡Veo quién eres!

CATALINA

No me expliqué...

PEDRO DE LUNA

¡Ya no aguanto
más! Así sois las mujeres:
desde que á él le quieréis tanto,
á nosotros no nos quieréis.

CATALINA

¡Más!... Pero de otra manera,
que amor es quien manda en mí:
no trueca el gusto, lo esmera;
no me dice que no os quiera;

dice: «Quiéreles así».
Amor es virtud que hechiza
el alma y no cabe en ella,
y por salir se atropella,
y por donde se desliza,
¡todo lo enciende su huella!
Y en el gran incendio, amor
levanta un tal resplandor,
que, al que vive en este día,
le alegra más la alegría,
le hiere más el dolor.
¡Todo acrece la pasión!
que amor ha abierto la senda,
y toda la creación
entra á hacer, del corazón
de los que aman, su vivienda.
Cuando el corazón esté
fatigado de amar tanto,
pedirá á los ojos que
le den su bálsamo santo,
y así, sin saber por qué,
amor se resuelve en llanto.

*(Enjugándose los ojos, que tiene
arrasados de lágrimas.)*

¿Veis?...

*(Suena un grito lejano y angustioso
que llega á escena por la lateral
izquierda. Catalina, que es la
única que lo ha oído, dice:)*

¿Qué es eso? ¿No fué un grito,
ó es que yo misma me exalto?
¿No oísteis?

* PEDRO DE LUNA

Nada.

CATALINA

¡Maldito
corazón!

ROSA SOL

No, pobrecito:
¡ya tiembla del sobresalto!

PEDRO DE LUNA

(Que estará mirando por la lateral izquierda.)

¡El Príncipe!

(Las dos damitas se retiran á segundo término; los pajes se retiran también, dejando respetuosamente plaza á los que llegan. Entra el Príncipe Don Enrique, volviendo atrás la cabeza y ocultando algo que lleva en la mano; descompuesto, la mirada ligeramente extraviada. Le sigue de cerca Alonso Pérez Vivero, quien llega igualmente descompuesto; pero al notar que hay gente en la escena, reviste su rostro de una impenetrable máscara.)

PRÍNCIPE

¡Qué rápida
la muerte, cuando llega!

VIVERO

Señor...

PRÍNCIPE

Sí, sí, ya he visto...

VIVERO

Los pajes.

PRÍNCIPE

¡No, no pueden
robármelo! ¡Lo llevo
debajo de mi túnica!
Atiende tú, Vivero:
¡Tu daga goteaba
la sangre, al tirar de ella!

VIVERO

¡Señor!...

PRÍNCIPE

Ya callo; pero,
responde: ¿por qué causa
la daga has arrancado
de la herida? Caían
de ella gotas de sangre;
y al tocar en el suelo,
cobraban vida, como
de reptiles inmundos,
¡y me seguían!...

VIVERO

Príncipe:
mi daga era la vuestra.

PRÍNCIPE

¿Y quedó allí?

VIVERO

Por eso
mis manos la arrancaron
de la herida.

PRÍNCIPE

¿La tienes?

VIVERO

¿Cómo, si era la sangre
delatora? La he hundido,
viniendo, entre unas piedras:
y cuando más no pude,
la enterré con la mía.
No podrán encontrarla.

PRÍNCIPE

(Oyendo pasos.)

¿Se acercan?

VIVERO

Sí, una dama;
Catalina.

PRÍNCIPE

¡Respóndele!

CATALINA

*(Sobresaltada, al ver que no se-
guía al Príncipe y á Vivero su ado-
rado Don Alonso, ha mirado un ins-*

*tante, sondando las tinieblas, desde
la lateral izquierda; luego, timida-
mente, se acerca á los recién llega-
dos, decidida á interrogarles.)*

¿No sabéis de Don Alonso,
señor Pérez de Vivero?
Dijeron...

VIVERO

El señor Príncipe,
para darle de su afecto
muestras, le ha llamado á sí:
que de un encargo secreto
pensaba hacerle encomienda;
pero el doncel, que es ligero
y aturdido, prefirió,
faltando á todo respeto,
no acudir y echarse á ver
Medina de Rioseco,
tal vez con truhanes que
le busquen al cabo el cuerpo.
Venimos de irle al alcance,
sin dar con su paradero:
Doña María Guzmán
no lo aprobará al saberlo,
que es grave falta, y el Príncipe
tomó grande enojo de ello.

(Le vuelve fríamente la espalda.)

CATALINA

(Sollozando, aturdida.)

¿Y decís, señor?...

(Viendo que no le contestan.)

CATALINA

¡Maldito
corazón!

ROSA SOL

No, pobrecito :
¡ya tiembla del sobresalto!

PEDRO DE LUNA

(Que estará mirando por la lateral izquierda.)

¡El Príncipe!

(Las dos damitas se retiran á segundo término; los pajes se retiran también, dejando respetuosamente plaza á los que llegan. Entra el Principe Don Enrique, volviendo atrás la cabeza y ocultando algo que lleva en la mano; descompuesto, la mirada ligeramente extraviada. Le sigue de cerca Alonso Pérez Vivero, quien llega igualmente descompuesto; pero al notar que hay gente en la escena, reviste su rostro de una impenetrable máscara.)

PRÍNCIPE

¡Qué rápida
la muerte, cuando llega!

VIVERO

Señor...

PRÍNCIPE

Sí, sí, ya he visto...

VIVERO

Los pajes.

PRÍNCIPE

¡No, no pueden
robármelo! ¡Lo llevo
debajo de mi túnica!
Atiende tú, Vivero :
¡Tu daga goteaba
la sangre, al tirar de ella!

VIVERO

¡Señor!...

PRÍNCIPE

Ya callo; pero,
responde: ¿por qué causa
la daga has arrancado
de la herida? Caían
de ella gotas de sangre;
y al tocar en el suelo,
cobraban vida, como
de reptiles inmundos,
¡y me seguían!...

VIVERO

Príncipe :
mi daga era la vuestra.

PRÍNCIPE

¿Y quedó allí?

VIVERO

Por eso
mis manos la arrancaron
de la herida.

PRÍNCIPE

¿La tienes?

VIVERO

¿Cómo, si era la sangre
delatora? La he hundido,
viniendo, entre unas piedras:
y cuando más no pude,
la enterré con la mía.
No podrán encontrarla.

PRÍNCIPE

(Oyendo pasos.)

¿Se acercan?

VIVERO

Sí, una dama;
Catalina.

PRÍNCIPE

¡Respóndele!

CATALINA

*(Sobresaltada, al ver que no se-
guía al Príncipe y á Vivero su ado-
rado Don Alonso, ha mirado un ins-*

*tante, sondando las tinieblas, desde
la lateral izquierda; luego, tímida-
mente, se acerca á los recién llega-
dos, decidida á interrogarles.)*

¿No sabéis de Don Alonso,
señor Pérez de Vivero?
Dijeron...

VIVERO

El señor Príncipe,
para darle de su afecto
muestras, le ha llamado á sí:
que de un encargo secreto
pensaba hacerle encomienda;
pero el doncel, que es ligero
y aturdido, prefirió,
faltando á todo respeto,
no acudir y echarse á ver
Medina de Ríoseco,
tal vez con truhanes que
le busquen al cabo el cuerpo.
Venimos de irle al alcance,
sin dar con su paradero:
Doña María Guzmán
no lo aprobará al saberlo,
que es grave falta, y el Príncipe
tomó grande enojo de ello.

(Le vuelve friamente la espalda.)

CATALINA

(Sollozando, aturdida.)

¿Y decís, señor?...

(Viendo que no le contestan.)

¡Alonso!...
¡Qué horrible presentimiento!

(Morales y otro paje se la llevan al fondo: ella quiere salir en busca de Don Alonso por la lateral izquierda: Morales y los Pajes 1.º del Rey y 1.º del de Luna porfían con ella un rato y al cabo la acompañan. Quedan en escena los otros pajes. Don Alvaro, en este momento, entra por el extremo derecha, llevando un pliego en la mano.)

DON ÁLVARO

Ahora los dos carros. ¡No

(Alcanzando á ver todavía los dos pajes que han salido.)

salgan los pajes!... Vivero: con damas no hay quien resuelva las cosas sin contratiempo. Por fin María Guzmán logra del Rey este pliego, disponiendo que en el carro de la Nobleza, no Pedro de Luna, como se dijo, que al fin mi honor iba en ello, sino su hijo Don Alonso lleve la enseña del reino.

VIVERO

(Aparte.)

¡Maldición!

DON ÁLVARO

De todos modos
Doña María halla medio
de moverse contra mí;
por todas partes la encuentro:
en lo grande, ofensas grandes;
pequeñas en lo pequeño;
quiere guerra, ¡la tendrá,
vive Dios, y habréis de verlo!

VIVERO

De los más descabellados
que ha tenido en estos tiempos
Doña María Guzmán,
hallan todos este empeño,
de querer que el Rey, en todo,
anteponga su hijo al vuestro.

DON ÁLVARO

De las más descabelladas
audacias vuestras, Vivero,
es esta de dar el fallo,
si no os lo piden, á un pleito;
que si la Guzmán y yo
tenemos ó no tenemos
cuentas, ni os tocan á vos,
ni os va el interés en ello.

VIVERO

Vos comenzasteis, Don Alvaro.

DON ÁLVARO

Pues olvidad el comienzo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO